

**Apuntes de la Asamblea de Portofranco
con Alberto Bonfanti y Davide Prospero
Milán, 22 de enero de 2022**

[Encuentro presencial para algunos participantes en Milán
y en conexión por video para los demás]

Alberto Bonfanti. Bienvenidos todos, tanto los presentes como los conectados. Estoy muy contento de volver a vernos para retomar la experiencia que estamos viviendo y me alegro mucho de que esté con nosotros Davide Prospero, viejo amigo de Portofranco; ya participó en una asamblea nacional hace unos años, ha venido a varios encuentros y siempre ha mostrado su estima por la experiencia que vivimos, por la necesidad que tratamos de detectar y por la manera en que intentamos afrontarla. Leo el orden del día y empezamos nuestra asamblea, que quiere juzgar la experiencia de este año, especialmente marcado, como sabemos, por la pandemia.

Habíamos propuesto como orden del día una frase de Julián Carrón en la Jornada de apertura de curso de CL: «Cuando uno empieza a decir “yo” se sorprende al ver florecer a otros “yo”. ¿Cuál es el resultado del camino que empieza en el encuentro con la realidad del movimiento? El fruto es la intensidad de la autoconciencia cristiana, que luego se puede expresar en la mirada, en una exposición, en el trabajo o en la experiencia afectiva, porque “la fuerza del sujeto radica en la intensidad de su autoconciencia”. Por eso, en cuanto uno se topa con una persona con esta claridad e intensidad de autoconciencia, no puede dejar de verse interpelado» («No os falta ningún don de gracia», *Huellas*, n. 9/2021, p. 34). A partir de aquí planteábamos estas preguntas sintéticas, sencillas, para ayudarnos a juzgar nuestra experiencia:

- la experiencia de voluntariado en Portofranco, ¿cómo hace crecer nuestro yo y cómo nos ayuda la relación entre nosotros?
- la relación con los chicos y chicas que vienen, ¿cómo hace crecer su conciencia de que valen mucho más que sus límites, dificultades y heridas?

Intervención. Durante este tiempo, lo que me ha llamado la atención en Portofranco es que tenemos un grupo de chavales que han llegado a partir de octubre y me sorprende que no tienen miedo a decir qué es lo que necesitan: en qué asignaturas precisan ayuda, preguntan si hay alguien disponible para darles alguna clase online, si pueden cambiar la asignatura para la que habían pedido apoyo, si pueden estar con un profesor o con otro, si pueden invitar a un compañero o hermano. Preguntan con libertad, aunque a veces no es posible responder siempre afirmativamente. Portofranco es un lugar de amistad, que te permite no tener miedo a tu necesidad porque sabes que hay alguien que te quiere precisamente por tu necesidad, que no mide lo que pides. Para mí es importante poder mirarlos así, porque en mí siempre vence una mentalidad en la que la necesidad es algo que debo resolver por mí misma y esconder un poco. Mirándoles me pregunto: ¿qué nos ayuda a no tener miedo a nuestra necesidad, como estos chavales? ¿Qué nexo hay entre mi necesidad y mi vínculo con alguien? En clase también tienen relaciones, pero no están tan disponibles ni son tan libres para decir lo que necesitan. Por tanto, en Portofranco sucede algo más que un simple apoyo escolar. Me gustaría que me ayudaran a mirar y secundar lo que sucede con estos chicos para entender mejor quién soy yo y qué es lo que necesito.

Davide Prospero. Quería daros las gracias por vuestra invitación. Siempre lo veo como una gran oportunidad para aprender de vosotros lo que vosotros aprendéis porque creo –

y lo que decía ahora esta amiga profesora me parece muy claro en ese sentido— que nunca se deja de aprender y que el interés por la realidad presente, es decir por lo que vivimos, con el paso del tiempo, va ligado a la posibilidad de aprender. Es evidente que luego, al “envejecer” —en sentido positivo, de sabiduría—, lo que uno aprende se va convirtiendo en una tarea con todos los que uno encuentra: compartir la experiencia que uno vive, es decir, la verdad conquistada dentro de la experiencia de la vida. Pero esto no se puede percibir como alternativa a la necesidad de seguir aprendiendo porque en el fondo esto es lo que nos mantiene con vida. La alternativa es ir apagándose poco a poco, como una llama que llegado un cierto momento ya no calienta, hasta que solo quedan cenizas. ¡Nosotros no queremos que nuestra vida quede reducida a cenizas, queremos que siga ardiendo hasta el final! Por eso me parece tan importante lo que decía nuestra amiga, porque indica algo que nos afecta a todos como actitud. Aquí venimos sobre todo a aprender, y aprendemos enseñando. Es una paradoja. Y ahí es donde creo que está la respuesta a la primera pregunta. Dices que deseas esa lealtad que tienen los chavales con su necesidad. Tienes la posibilidad de aprender esa lealtad en lo que haces con ellos, es decir enseñando, estando delante de ellos, de su necesidad, no tanto para orientarla, sino para secundarla. Creo que orientar su necesidad es una gran tentación que siempre tenemos con nosotros mismos, con nuestros hijos, incluso con nuestros hijos “adoptivos”, con los que tenemos una tarea educativa, sea cual sea. Lo que hacéis aquí es una tarea educativa, no tengo que explicarla. No les puedes enseñar una asignatura sin darte a ti misma, sin comunicar una manera de mirar las cosas. En esta tarea veo que nos ponemos en juego con todo lo que somos, no solo respecto a los conocimientos que podamos transmitir. Muchas veces reducimos esos conocimientos a un nivel no necesariamente muy alto, porque se trata de hacer entender las bases de una materia, y alguno puede sentirse un poco frustrado, pero la primera cuestión es: ¿por qué no es tiempo perdido? Decía que el riesgo que corremos es el de tratar de orientar esa necesidad, es decir, intentar llevar al otro al punto en que estamos nosotros. Sin embargo, estar delante de la necesidad quiere decir entrar nosotros en el punto en que está el otro. Es un trabajo de identificación, en el que uno recupera la frescura de la sencillez de un corazón de niño que tiene un montón de preguntas, todavía no tiene muchas respuestas y desea conocer, entender y ser querido. Son destellos, pero respondería así a tu primera pregunta.

Respecto a la respuesta a la segunda pregunta, diría que la tenéis ante vuestros ojos: la asociación Portofranco encarna la respuesta. ¿Qué es lo que ayuda a favorecer esto? No estar solos, estar con otros, y no solo poder mirar la necesidad del que tengo delante, sino también compartir la experiencia de este camino junto a otros que lo hacen conmigo, teniendo claro no solo la finalidad por la que hacemos lo que hacemos, sino la finalidad de la vida. ¿Qué tiene esta realidad que no tenga cualquier otra asociación de voluntariado —atención, con esto no pretendo quitar valor a otras cosas— para quien vive una experiencia como la que estabas describiendo ahora, que yo he aprendido a conocer todos estos años y que también se describe en el libro que habéis publicado? ¿Cuál es su originalidad? Justo el hecho de no limitar su horizonte solo a su necesidad de ayuda para responder a lo que los chavales tienen que aprender en términos de formación, de ponerse al día. Lo que tiene es una mirada a la totalidad de lo humano. Y es así porque nace de un origen concreto, porque —mediante las personas que han hecho nacer esta experiencia y la han guiado hasta aquí— tiene una identidad concreta: el carisma de don Giussani. Esto es muy importante para comprender la dinámica. Uno podría llegar hasta aquí desde el lugar más alejado de la experiencia de este carisma, pero es importante tratar de comprender el origen de esta experiencia. ¿Cuál es ese origen? Lo digo sintéticamente. Cuando oímos esta palabra, «carisma», uno inmediata y justamente la hace coincidir con la imagen de algo concreto: uno tiene el carisma de la caridad, y se dedica a dar de comer

a los sintecho; otro tiene el carisma de la educación y hace colegios, como ciertas órdenes religiosas; otro tiene el carisma de la misión y envía a la gente por el mundo. El carisma de don Giussani, como decía él mismo y como Juan Pablo II le escribió en una famosa carta en 2002, tiene una particularidad. Podríamos decir que es el carisma de lo humano, es decir, lo tiene dentro todo, no se puede identificar con una particular espiritualidad. Por tanto, el mero hecho de que esta realidad nazca de este origen permite entender que en la manera de afrontar los problemas, incluso los problemas del chaval que no entiende las matemáticas, en el horizonte de su mirada lleva la totalidad de lo humano, que nace de ahí, aunque a veces ni siquiera nos demos cuenta. Participando de esta amistad y de esta aventura, vivimos en el fondo con esta preocupación por una mirada hacia la totalidad de lo humano.

Bonfanti. Gracias, es precioso, esta profundización ya podría bastar para el trabajo de este año.

Prosperi. Entonces me marchó.

Bonfanti. No, no. Algunos han enviado sus contribuciones; si alguien quiere plantear o decir algo, adelante.

Intervención. Quería decir algo sobre lo que significa sorprender el crecimiento del «yo», el mío, el de los demás voluntarios y el de los chavales. Quería contar brevemente dos cosas que han pasado. Una alumna de mi escuela vino para acompañar a un chaval que alterna las clases con el trabajo. Sus amigas me contaron que, después de la primera hora, salía con una mirada radiante y les dijo: «Es la primera vez en mi vida que no hago algo para mí misma sino para otro». Y siguió viniendo. Tuvimos una asamblea con el director de la escuela *La Traccia* de Calcinato, ella vino y comenzó un diálogo. Esta chica decía: «Me he dado cuenta de que, como he visto hacer a mi madre y como veo que pasa en Portofranco, dedicarse a los demás es algo que hace que uno esté más contento. Pero ese director en un momento dado ha citado el nombre de Jesús, me gustaría entenderlo». Segundo episodio: ayer me quedé estudiando con dos chavales, uno de enseñanzas medias y otro de la superior. Estábamos dando gramática y les habían mandado aprender de memoria las conjunciones subordinadas, declarativas, modales y demás. Uno de ellos las estaba intentando repetir pero no lo conseguía. Entonces le dije algo muy banal: «Tú eres inteligente, puedes entenderlo, vamos a intentarlo, que si no, no lo conseguiremos. Si lo intentas, podrás hacerlo». Le cambió la perspectiva. Su madre me dijo que al volver a casa estaba contentísimo. Sin quedarme en el aspecto sentimental, veo que o te brillan los ojos o no te brillan.

Prosperi. Es un viejo truco, cuando no sabes qué responder, dices: «Puedes hacerlo, así que...».

Intervención. Exacto: «mantengamos abierta la pregunta». No, no, no.

Prosperi. «Mantengamos abierta la pregunta».

Intervención. Quiero decir que me parece que este es un lugar donde podemos descubrir el valor de cada uno. El mío, que estoy ahí ayudando; y el suyo, no porque se aprenda las conjunciones, sino porque puede llegar, como esta chica, a descubrir que la vida vale cuando se entrega a otro, y en último término a Cristo. Esta experiencia ya lo encierra todo. Desde este punto de vista, ¿qué valor tiene para mí, que ya trabajo dando clase, dedicar tiempo y esfuerzo a una obra como esta? Se trata de recuperar las razones por las que hago lo que hago. Cuando la Escuela de comunidad habla del «trabajo dentro del trabajo», se trata de esto. Añado algo que me parece fundamental. En estos tiempos, creo que Portofranco también tiene un valor social, desde el punto de vista de la sociedad entera. Al volver a clase el 7 de enero, llegó a mi colegio una circular que decía: «Prohibido comer en el centro» y esa misma tarde llegó otra circular que decía: «Se

cancelan todas las actividades vespertinas», como el apoyo escolar. Por tanto, que exista un lugar como Portofranco es la única posibilidad de que haya una actividad presencial, porque no es que los profesores nos pongamos luego a dar apoyo online.

Bonfanti. Una cosa es hacerlo online y otra, presencial.

Intervención. Sin duda, pero no es obvio que si no se hace online se vaya a hacer además presencial. Muchas veces es un continuo conectado-desconectado; es decir, o sí o no.

Prosperi. ¿Portofranco entonces puede ser presencial? ¿Está exento?

Intervención. No está exento. La cuestión es que hay que arriesgarse porque el Ministerio ha dado una indicación a los centros: «No se recomienda...», que se ha traducido como: «Cero, no hacemos nada», porque en los centros, debido a los rastreos, la única posibilidad es cerrar las clases. Y si por la tarde haces una actividad donde hay chavales de varias clases, resulta problemático para el centro.

Bonfanti. Efectivamente, ahora los únicos lugares abiertos por la tarde para una actividad escolar son Portofranco y las catequesis. Pasa lo mismo en Bachilleres. Si quiero ver una película con mis alumnos y tener un encuentro con otros chavales, o vamos a Portofranco o buscamos a un cura generoso, o no podemos hacer nada porque las clases se conciben como burbujas. Por ejemplo, los únicos bachilleres con los que podría reunirme son los de mi colegio, pero no los de fuera. Y ni siquiera para los de mi colegio podemos pedir un aula porque, si no hay actividades ordinarias de recuperación, ¿cómo vamos a proponer una actividad extraordinaria como serían los Bachilleres?

Prosperi. Esto es importante.

Bonfanti. Es importante, de hecho en Milán tenemos hace poco un aula de estudio individual, aparte de la de actividades, y están viniendo muchos chavales de otros centros porque es un lugar abierto de encuentro.

Prosperi. Sobre lo que se decía del valor de uno mismo y de las conjunciones, es una gran verdad que uno aprende a reconocer el valor de sí mismo y de las cosas, pero también aprende a reconocer el valor de sí mismo aprendiendo a reconocer el valor de las cosas, por ejemplo de las conjunciones. Creo que la primera forma con la que un chaval entiende el valor que tiene –y lo demuestra por cómo van las cosas, es decir, porque su madre llama para decir: «Mi hijo ha vuelto distinto»– es percibir que alguien se toma en serio con él lo que tiene que aprender, el esfuerzo que debe hacer, lo que se le pide, el tiempo y energía que debe emplear, etcétera, es decir, que tiene un valor. Porque la primera manera de percibir que uno no tiene valor es ver que al adulto, al que quizá estima, no le interesa lo que hace, no lo valora, no le presta atención. Sin embargo, que haya alguien que dedique su tiempo a algo que al chaval quizá le cuesta hace que él también empiece a percibir su valor, y que empiece a descubrir incluso que él mismo tiene valor.

Intervención. Desde hace diez años me dedico a hacer entrevistas a los padres en Portofranco. Hace unos días llegó una mujer extranjera con su hija, que hace tercero en el liceo artístico. Primero hicimos una visita a la sede para ver lo que se hace allí, para dirigir nuestra atención al corazón de Portofranco: los voluntarios que ayudan a estos chicos a estudiar. Hay mucho en un gesto tan sencillo. La mujer nos seguía con atención. Luego nos sentamos en mi mesa y le pregunté si tenía que decirme algo que considerara importante. «Mi hija –dijo–, por la muerte de su tía, a la que estaba muy unida, desde el pasado mes de septiembre tiene mucho miedo, le cuesta ir a clase, casi nunca va. Parece que no entiende cosas que en primero y segundo hacía con interés y facilidad. Está muy triste». Luego se quedó callada. Sus dos ojos se me clavaron. Dos fosas de dolor. Estos momentos se repiten mucho en Portofranco. La mujer se recompuso y dijo: «Su psicóloga le habló de Portofranco y aquí estamos. Creo que aquí puede recibir ayuda». Le hablé de muchos chicos que vienen, de sus dificultades, que son parecidas a las que tiene su hija,

le dije que en Portofranco encuentran otro tipo de ayuda y sobre todo una mirada atenta. Su rostro no se serenó, pero se hizo partícipe de mi relato, su dolor halló una acogida. Me dio las gracias y nos despedimos. Le hablé de ella a un amigo que me ayuda con las entrevistas con los padres, y a otros que vi esa tarde. En el tren de vuelta a casa se lo conté también a mis amigos. Por la noche recé por ella y también a la mañana siguiente en misa, y luego... aunque puede que no la vuelva a ver. En Portofranco suceden encuentros que, casi a diario, me marcan. Dilatan mi corazón, lo hacen más sensible y atento. Cuidan mi descuido. Estas mujeres, estas madres nos impiden banalizar lo que sucede porque ahí, en su dolor, nos vemos obligados a no cerrar los ojos, a no desperdiciar las gracias que nos caen del cielo. Nuestra vida se enriquece, la mía y la nuestra. Nuestra amistad se hace más bella y fecunda. En Portofranco resulta cada vez más evidente y beneficia a todos, incluso cuando, en ciertos casos, no sabemos qué hacer pero siempre supone un abrazo, para unos y otros. Para los padres, pero también para los voluntarios y para los chavales, Portofranco es la sorpresa de algo inesperado que renueva el asombro por lo que sucede ante nuestros ojos. Esta semana, un padre bastante joven, en plena visita a Portofranco, se paró y dijo: «Estoy contento». Le miré asombrado y él, como miles de padres: «Enhorabuena, enhorabuena, felicite a su presidente y a sus compañeros». Siempre me sorprende al oír: «Enhorabuena, felicidades». «¿Enhorabuena a quién?», digo para mis adentros, y siempre me respondo: «¡Enhorabuena a Dios que con nuestra pobreza hace lo que hace!».

Prosperi. En este tiempo en el que todos los periódicos hablan del problema de las clases online, la soledad o los efectos del Covid, un testimonio como este me parece precioso para decir a todos: «Fijaos, existe una realidad, que además es gratuita, donde esto es posible. ¡Cuántas madres habrá en Italia con el mismo problema que esta madre!

Intervención. Portofranco está presente en mi ciudad desde el curso 2019/20, pero ya hemos llegado a casi ochenta chavales y ochenta voluntarios. Del movimiento somos cinco. Lo que me sorprende es cuánta gente se acerca a esta iniciativa como voluntario con historias muy distintas y cómo la hacen suya. Leo algunos fragmentos de testimonios que me han enviado algunos y que son impresionantes. Además, hemos conseguido un acuerdo con el Ayuntamiento que nos permite sobrevivir y la parroquia nos ha ayudado porque estábamos en dos locales bastante deteriorados y nos ha cedido otro gratuitamente. Estoy realmente sorprendida por lo que está pasando, gracias a que nos dan crédito, a nosotros, a nuestra historia y a la necesidad que vemos. Los voluntarios son estupendos, yo me ocupo de la parte organizativa, recibo a las familias, busco voluntarios y los organizo según se requiera. Hemos identificado un método que nos permite ir siempre hacia adelante: un grupo de Whatsapp con el voluntario, el alumno, la madre y yo. De este modo seguimos adelante, de manera presencial o no, incluso en cuarentena, para que, según las exigencias del voluntario, del alumno y de la situación, se sigan viendo y hablando. Estos días las madres me mandan mensajes muy agradecidas porque sus hijos no están solos, porque siempre tienen alguien que les ayude, alguien a quien preguntar. En este momento es algo realmente valioso. Para ellos y para mí, que veo lo que pasa, hay historias terribles. Me gustaría hablar de un chico al que su madre abandonó, vive con su padre, que es inmigrante y trabaja viajando de una ciudad a otra. El hijo pasa de una familia a otra y cuando habla de nosotros siempre dice: «Soy afortunado porque siempre tengo un lugar donde puedo volver a estar en casa». Cuando me lo contó una voluntaria, me daban ganas de llorar. Una psicóloga que nos ha conocido decía: «Veo que este lugar ha nacido de la disponibilidad y del gran corazón de los voluntarios, testigos de una perspectiva que no solo quiere buscar un apoyo en el desarrollo de las tareas, sino que pone la acogida en el centro de toda su actividad. Un lugar donde niños y jóvenes

pueden sentirse valorados, escuchados y reconocidos». De hecho, los psicólogos nos envían a muchos jóvenes, hasta el punto de que a veces pienso: «Oh Dios, justo ahora...», porque tenemos una serie de casos extremadamente difíciles. Por suerte, dentro del movimiento también tenemos gente que nos ayuda y estamos poniendo en marcha todos los recursos necesarios para afrontar situaciones objetivamente muy complicadas. Otra voluntaria decía: «Aquí se cruzan historias, personas y lugares creando una comunidad – esta persona no es de CL– que es como una casa. Cuando sales por la puerta te sientes afortunada y reconoces que quizá son ellos los que nos ayudan a nosotros. Un día me dijo un chaval: “Este es un lugar seguro”, y eso vale más que mil palabras».

Prosperi. Gracias, de verdad.

Intervención. Me gustaría volver un momento a la cuestión del carisma de la que hablabas antes. Quiero dar las gracias a un amigo que siempre que estamos en Portofranco nos recuerda y nos lee *El sentido de la caritativa*. Y luego nos invita a rezar el Ángelus. Esta es la medida de mi deseo de encontrar y educar a los chavales, y hace que ellos me devuelvan la fuerza de educarme también yo. Porque hasta en las situaciones más difíciles, cuando no sé literalmente qué hacer, les miro a la cara, en medio de las conjunciones y de toda la gramática, y entiendo que yo existo porque parto de algo objetivo, *El sentido de la caritativa*. Sin eso no podría poner en juego mi libertad, no podría educarme a partir de los encuentros que tengo.

Intervención. Quería volver a algo que decía Prosperi: no orientar la necesidad, sino estar delante de ella. Me ha impactado mucho y he recordado algo que me pasó. Las necesidades que surgen desbordan todas nuestras respuestas y siempre piden más. Estaba en Portofranco con dos chicas, una de ellas egipcia, que me dijo: «Para mañana tengo que saberme los detergentes». Yo pensé: «¿Detergentes? Si yo doy filosofía». No había nadie que pudiera ayudarla y habría podido decirle: «Mira, no lo sé, ese tema no es lo mío...». Pero dije: «Venga, abre el libro y vamos a estudiar». Me pasé una hora estudiando con ella los detergentes. Habría podido resolver la cuestión diciendo: «No puedo, no domino la materia», pero todos los días veo que la necesidad desborda nuestras respuestas. En estos dos años, los chavales seguían viniendo, a veces no tenían nada que hacer pero venían porque aquí tienen un lugar. Aun con todas las normas de distanciamiento, te encuentras ante una necesidad de relación. Pongo un último ejemplo. La semana pasada fui a ver a un director con el que tenemos un acuerdo y me dijo: «Yo no quería abrir el centro, puedes entender todos los problemas que supone abrir». Pero abrió. «Ahora», me dijo, «viendo a los chavales me doy cuenta de que me equivocaba cuando no quería abrir, porque los chavales necesitan una relación». Luego se pasó una hora hablándome de un chaval que tiene graves problemas, para ver toda la situación y la mejor manera de afrontarla. Me di cuenta de que yo también necesito una relación, yo voy a Portofranco porque necesito esa relación, porque –como decías, Davide, al principio– una relación es lo que me hace apegarme cada vez más a la vida, al sentido de la vida. Siempre partimos de algo. Puedes partir hasta de los detergentes, pero ese algo siempre te abre a una perspectiva humana que es muy interesante.

Prosperi. Gracias. En los chavales lo ves enseguida por la inmediatez con la que están delante de sus preguntas, pero se puede decir lo mismo de los adultos, es decir, de nosotros, que a veces pensamos que ya lo sabemos. Respecto a lo primero, lo que dices es verdad para todos. Yo, por ejemplo, que desde los quince años estudio los detergentes, ¡ahora tengo que estudiar derecho canónico! [Risas]

Intervención. Nosotros tenemos una sala en un colegio. En septiembre nuestra preocupación era saber si podríamos abrir. El primer regalo que tuvimos fue que la directora dijo: «Por supuesto que sí, si nosotros abrimos, Portofranco también, con todas las restricciones y controles necesarios». El otro regalo fue la decisión de abrir de manera presencial y nuestros docentes, muchos de ellos mayores, aceptaron retomar la relación directa con los chavales. Obviamente, estar en un colegio nos condicionaba porque hacía falta el pasaporte Covid para entrar y había que cumplir con las medidas de distancias e higiene, y todo eso nos preocupaba, como si hubiera que mantenerse a distancia de los alumnos. Portofranco era un lugar donde podías estar en secretaría, charlar, tomar un café juntos. Ahora todo eso está muy limitado. Pero eso nos ha empujado aún más a preguntarnos por nosotros mismos: con todas las limitaciones, ¿qué nos apremia? Si debemos ser un lugar que solo ofrece repeticiones bien hechas, incluso perfectas, no nos interesa, no nos basta. El corazón de Portofranco consiste en el hecho de acompañar a la persona entera. Hasta tal punto que cuando los chavales vienen a apuntarse nos suelen preguntar: «¿pero podemos estar presencialmente?»; les preocupa no poder venir. Habría muchas historias que contar, tenemos muchísimos chavales que ya no querían ir a clase, con sus padres preocupados porque ya no iban o les daba miedo volver, y había que empezar desde el principio, pero antes que ayudarles con las asignaturas se trata de ponerse al lado de los chavales y ayudarles a abrirse, a recuperar el coraje. Creo que Portofranco es el lugar idóneo para esto. Una chica que llevaba un mes sin ir a clase, al salir de Portofranco le dijo a su profesora: «A lo mejor, profe, vuelvo a clase». Después de la primera clase de este año, una madre llamó diciendo: «Mi hija ha ido a hacer el trabajo de matemáticas, asignatura que odia, y ha vuelto radiante y feliz. Le he dicho: “¿Cómo es que has estado solo una hora y vuelves tan contenta?”. Me ha respondido: “Porque en ese lugar te acogen, te sonríen, están contigo”». No es algo sentimental, me gustaría que se entendiera bien, es justamente el corazón de la necesidad esencial que tienen los chavales. Esto es importante porque nos lleva a preguntarnos cuál es nuestra necesidad esencial. Nosotros no necesitamos apoyo escolar, pero sí mantener siempre abierta nuestra pregunta, y los chavales la tienen abierta siempre porque lo que les pasa es algo grande, espléndido y complicado, a veces hermoso pero nunca banal, no te dejan estar tranquilo. Para mí este es el mayor don que recibo de Portofranco. A mí me gustaría vivir siempre tranquila, pero no puedo, y lo digo en positivo. Siempre tengo que preguntarme: «¿Por qué te levantas y vas allí?».

Prosperi. Gracias.

Intervención. Quería contaros dos hechos relacionados con el yo que vuelve a empezar y ve florecer a su alrededor otros “yo”. Nosotros abrimos en verano porque los chavales nos lo pidieron. Un día vino un chico acompañado de sus padres, tenía que recuperar tres asignaturas y una experiencia de clases online que había sido devastadora para él. No levantaba la cabeza, no te miraba a los ojos. Se le acercaba alguien y le decía: «Ve con ese profesor que te ayudará a hacer esto». De él solo recibías un movimiento de cabeza y algún impropio entre dientes. En septiembre suspendió. Los padres estaban furiosos y fueron al colegio a protestar y amenazaron con denunciar. Vinieron a preguntarnos y nos reunimos con ellos los 4-5 que estábamos con él. Hablamos por separado con el chaval y luego también con los padres. Sucedió algo que me parece increíble, porque delante de toda esa furia en la que se percibía fragilidad, decepción y frustración, salió una pregunta por parte de uno de nosotros: «Pero, en vez de enfadarse y arremeter contra algo que no ha funcionado, ¿no será mejor mirar la vida de frente para ver qué corresponde más a la necesidad de vuestro hijo e intentar buscar juntos ese bien que todos necesitamos?». Ante una pregunta así, sobre todo el padre, de repente, cambió de postura y dijo: «Sí, lo que yo

deseo es el bien de mi hijo». Todo el verano había estado invitando a los bachilleres con los que hago la Escuela de comunidad para que vinieran a echar una mano con los alumnos más jóvenes. Ese día estaban estudiando en una salita. Entonces dije: «Mira, voy a presentarte a estos chicos que vienen todos los viernes. Si quieres, ven a estudiar con ellos, luego decides qué quieres hacer, si te vuelves a matricular en tu colegio, si cambias de centro, nosotros te ayudamos». Un amigo le llevó con estos chavales y el viernes siguiente volvió. Los tres o cuatro bachilleres estaban en una mesa, distanciados, con sus mascarillas, y saludó a cada uno por su nombre. Cuando se fue, me acerqué y le pregunté a uno de ellos: «¿Pero ya os conocíais!». Me dijo: «No, no, nos conocimos el día que nos lo presentaste». Contra todo pronóstico, este chico viene casi todas las tardes a estudiar, solo o con alguien, y pregunta. Su situación se ha estabilizado. Ahora va bien en clase, es increíble porque esos chavales, para mi gran sorpresa, ofrecieron a este chico que no levantaba la cabeza su amistad, con una sencillez increíble. Es una relación que continúa de manera misteriosa, a la que él se mantiene ligado, y viene todos los viernes para verles y para estudiar, evidentemente. Otro hecho tiene que ver con un alumno mío que tiene una situación familiar trágica. Corría el riesgo de no volver después del primer día de clase y le invité a Portofranco. En diciembre empezó a venir, aunque no iba a clase. Pidió ayuda en algunas asignaturas. Hace dos días lo vi y me contó una situación complicadísima. Le pedí que volviera a clase porque eso podía abrir una perspectiva de confianza y de bien, y que podríamos caminar juntos. Volvió a clase, no sé si continuará pero volvió. En este momento llevo en el corazón a todos estos chavales y cuando veo en mi listado todos los que han desaparecido pienso que este podría ser uno de ellos. Es algo que me ha impactado mucho y me ha hecho ver que tal vez –mientras yo siempre pienso que tengo que hacer muchas cosas con los chicos– basta con ofrecerles mi disponibilidad y mostrarles un lugar donde pueden estar tal como son porque hay alguien que les acoge. De hecho, le digo muchas veces: «¿Te das cuenta? Aquí hay gente que te quiere. Levantemos la cabeza, puede ser que los veamos alrededor. Nadie dice que la realidad sea hostil».

Bonfanti. Gracias. Lo que cuentas es conmovedor porque es la experiencia de muchos, y te lleva a pensar también con conmoción en tus propios alumnos. Si hay algo que agradezco, entre las muchas cosas que agradezco a Portofranco, es ver, oír y vivir tantas historias de chavales que despiertan y te hacen entrar en clase conmovido por los que se han perdido y ya no vienen. Redunda en un beneficio humano para mí mismo, es impresionante.

Intervención. No sabía si participar en esta asamblea o no, porque llevamos dos años parados. En diciembre de 2019 nos trasladamos a una sede nueva y en febrero de 2020 paramos. El año pasado dimos algunas clases online, sobre todo mi mujer y yo, luego ni siquiera eso. Nos ha llamado algún padre, pero no hay señales de los chavales, lo que me ha deprimido un poco y me duele. Teníamos muchos jóvenes con situaciones complicadas, como las que habéis contado. Con la pandemia les dejamos un poco, ahora tendrán la Evau y ya no hemos sabido nada de ellos. De vez en cuando pongo algo en el chat, pero nadie responde. Nos sentimos un poco impotentes, como otros profesores. Por tanto, aparte de todas esas cosas tan bonitas, también hay situaciones como esta que estamos afrontando. Veremos qué pasa.

Prosperi. Es muy interesante lo que dices porque creo que nos ayuda a entender mejor la finalidad de lo que hacemos. La finalidad no es que los chavales vayan a Portofranco, la finalidad es ayudar a los chavales a crecer en la tarea que tienen en la vida en este momento. Ahora bien, el problema que planteas es por qué no vienen. ¿No vienen porque ya no lo necesitan o porque ya no lo piden? Esto también hay que afrontarlo. La primera

cuestión, para no permanecer pasivos ante lo que sucede, es intentar juzgar, pero para juzgar hay que adentrarse en las cosas. Podéis preguntarles, por tanto, para entender con ellos y con sus padres qué está pasando, qué camino han hecho estos chicos que habéis acompañado durante años, cómo están, porque como dices no estamos en un mostrador atendiendo a los clientes. Nosotros recorreremos un tramo de camino juntos y de hecho, si no fuera así, no te dolería. Creo que este tiempo también es útil, aunque la sede esté vacía, porque nos obliga a mirar dentro de la situación real que estáis viviendo con estos chicos, y a dar un juicio que no solo vale para Portofranco, sino para la sociedad y para el mundo en que vivimos.

Albertino me había pedido que profundizáramos en la cuestión de orientar la necesidad. Yo prefiero no hacerlo, hacedlo vosotros, ved si es verdad o no como tentación en vuestra experiencia. Hay un aspecto que no debemos descuidar. En el fondo, un chaval que viene aquí, ¿qué necesita? Sin duda, lo expresa mediante su necesidad de ayuda en una asignatura que le cuesta o en todas, para resolver su malestar en clase. Pero en realidad la necesidad que subyace a todas las necesidades concretas va ligada al hecho de perder la confianza en uno mismo. Uno espera, muchas veces sin ni siquiera confesárselo a sí mismo, verlo resuelto al encontrarse con alguien mayor, descubrirlo en un adulto que está ahí para ayudarlo a recuperar un poco esa confianza que ha perdido. La única manera que tiene de adquirir esta confianza es que el otro se fíe de él, que tenga confianza en él o en ella. Cuando estudiamos las conjunciones, debemos tener en cuenta esta necesidad. En ese sentido, no se trata de buscar la estrategia adecuada para que el otro aprenda las conjunciones. Ante todo, debemos tener claro que, mediante la necesidad de aprender las conjunciones, lo que está buscando es una respuesta a una necesidad más profunda. Eso es lo más difícil de hacer porque nosotros tenemos el mismo problema.

Intervención. Yo no soy profesor, soy ingeniero, voy a la obra y trabajo en un ámbito bastante diferente: dirección de obra y seguridad. Soy voluntario en Portofranco por el motivo que indicaba don Giussani: necesitas separarte de lo que haces para entender mejor cómo vives. En primer lugar, me ayuda muchísimo estar con los jóvenes, escuchar sus exigencias, enseñarles algo. Entre otras cosas, repitiendo ejercicios de matemáticas los vuelvo a aprender. Y estando con ellos, dedicándoles unas dos horas a la semana, no más, me doy cuenta de que eso me ayuda a entender mejor el sentido de mi trabajo y el sentido de la vida. En segundo lugar, con estos chicos me veo viviendo algo precioso en dos aspectos. Primero, perciben –como habéis dicho todos– el afecto o al menos la simpatía de una relación cordial y libre. Yo les digo: «Mira, yo no estoy aquí para ponerte una nota, no soy tu profesor, que debe juzgarte, yo estoy aquí para estar contigo, para afrontar contigo los problemas», con afecto y con inteligencia, porque cuando llegan y te dicen: «Tenemos que resolver... porque no lo entiendo, no sé cómo hacer este ejercicio de matemáticas: $(A+B) \times (A-B)$ », yo les digo: «¿Es igual a?». A veces te responden: «Pues... $A^2 + B^2$ ». Entonces les preguntas: «¿Eso por qué?». En el porqué se quedan parados, y les digo: «No, hay que usar la inteligencia para entender las cosas, porque dar razón de lo que haces te interesa no solo en la asignatura sino en la vida, es importante llegar a entender lo que haces, por qué lo haces, esa es la gran ayuda». Así, poco a poco empiezan a abrirse a este nuevo mundo, donde no solo hay que aplicar reglas, sino que aplicas reglas que nacen de darse razón de las cosas. Es algo que estoy aprendiendo y viviendo con ellos y me enriquece mucho. Gracias.

Bonfanti. Gracias.

Intervención. Vivo en un pueblo de 30.000 habitantes y siempre digo que somos 37 voluntarios, todos profesores, 5 del movimiento y los demás invitados. Es como un

continuo tamtam. Son los mejores profesores que tenemos y todos los recuerdan: «Yo también tuve a este, y a este...». Han marcado la historia de nuestro pueblo. Y eso me conmueve porque habla de una continuidad, de gente que ha sido buena en clase, que ha dejado huella, que ha querido a la gente y que la sigue queriendo porque percibe que tiene una riqueza que aportar. Se nos conoce, Portofranco es famoso. Quería subrayar que nuestros profesores son duros pero lo que llama la atención es la gratuidad del gesto. Esa es la riqueza que llevamos. También veo que cuando me encuentro allí con los que eran mis compañeros de clase, veo que en ellos ha crecido una pasión por la vida –como mi directora– gracias a la gratuidad de este gesto, que te cambia la vida. Como cuando un chico que tuvimos –muy complicado, que siempre venía pero era imposible y siempre decía: «¿y qué pasa si suspendo?»– suspendió. ¿Cómo recuperó? Por un profesor de matemáticas que le dijo: «Vamos a recorrer juntos un tramo del camino». Esta percepción que tiene uno en la vida hace surgir una relación personal con alguien que me mira y me quiere, que me dedica su tiempo y no me mira por lo que soy capaz de hacer.

Prosperi. Hablabas con asombro de tus compañeros que no son del movimiento pero se entregan total y gratuitamente. Es algo que me entusiasma, pero no me sorprende. Explico lo que quiero decir. En el fondo, todo lo verdadero sorprende –por tanto, en ese sentido sorprende–; lo que no me sorprende es que se subraye una diferencia. ¿Por qué? Porque si es verdadero para nosotros, es verdadero para cualquiera, uno sigue adelante, haciendo este trabajo gratuitamente, no por una energía o esfuerzo personal, sino porque se da cuenta de que le conviene, de que sale ganando. Esto es lo interesante. De hecho, me parece que de vez en cuando puede ser bueno hablar de ello entre los adultos, entre los que hacéis esto: «¿qué estamos aprendiendo?, ¿por qué nos gusta venir aquí?», explicitándolo para ser más conscientes, para tomar conciencia de la propia experiencia.

Intervención. Empecé a venir a Portofranco antes de que acabara el curso. Yo estudio Bellas Artes, primero hice el clásico y el latín lo dejé en un cajón. Pero en Portofranco, el latín que estudié en su momento ha vuelto a ser útil. Eso ha sido un bien para mí y es algo que me ha gustado mucho por su sencillez. Hace poco, mientras las demás universidades estaban abiertas, unos días antes de Navidad mi academia cerró por Covid, pero yo seguí yendo a Portofranco. Ir, aunque solo fuera un día a la semana, me hacía estar mucho mejor. Ahora hemos vuelto a cerrar, no puedo acudir a mi lugar de estudio (que para nosotros es especialmente importante porque tenemos talleres) pero sigo viniendo aquí los miércoles un par de horas y puede ser que ese día no haya alumnos, o que solo haya uno, pero no me importa. El mero hecho de estar me hace sentir segura, exactamente igual que los chavales que vienen pidiendo ayuda para estudiar. Yo también me siento segura cuando vengo y veo este lugar y los rostros de la gente que he conocido aquí. Es un lugar donde me siento anclada a la realidad, también me hace volver a la realidad en una relación de tú a tú con un solo alumno, sin capas, sencillamente haciendo los deberes. Otra cosa que me llama mucho la atención es que los chavales a menudo es como si ya tuvieran todas las respuestas y veo en ellos un futuro muy rico, lo que me llena de confianza, pero me da miedo que se echen a perder. A veces los envidio por su manera de ver las cosas. Un chaval de segundo, o tal vez de primero, tenía que hacer un ejercicio de comprensión de texto con un relato de Chejov. Respondía a las preguntas de manera “no canónica”, en el sentido de que su profesora podría decirle: «no, esto está mal», y corregirlo. Pero él había entendido cómo se lee la literatura. De hecho, le dije: «Oye, tú lo has entendido», en vez de decirle: «no, esto está mal», porque muchas veces ellos interpretan las cosas muy bien, pero hay que encontrar la manera de decirles –y ese es el problema–: «pero a esta pregunta en concreto hay que responder ciñéndose un poco más

al texto». Es decir: «Tú has entendido cómo se lee la literatura, de qué te servirá en la vida, por qué te gustará leer, pero ahora hay que intentar hacer bien el ejercicio...».

Prosperi. El hecho de ser artista te ayuda a entender un razonamiento que no es convencional.

Intervención. Exacto, porque muchas cosas que dicen yo las he vivido. A mí me costaba ir al instituto, aunque iba muy bien. Muchos problemas, muchas dudas y dificultades que tienen estos chavales las entiendo perfectamente y nos reímos de ello. En este sentido puede ser muy divertido. Les hace sentirse más comprendidos y yo también les entiendo mejor. Me ha gustado mucho lo que decía antes una amiga, que Portofranco es un lugar donde uno puede estar tal como es, no solo el chaval, también nosotros.

Prosperi. Hermoso, gracias.

Intervención. Por eso quería agradecer justamente el lugar de Portofranco, por cómo me acoge, un lugar al que yo puedo acudir...

Bonfanti. Todos los días. Y sobre todo, piensa si tú pudieras dar clase en el futuro, por la sensibilidad que tienes, por lo que has dicho, serías una profesora estupenda.

Intervención. Volví a hacer la caritativa en Portofranco en septiembre. Para tratar de responder a la pregunta que hacías antes sobre el beneficio que supone para nosotros, sobre lo que me conviene venir aquí, para mí la caritativa es ante todo un entrenamiento para la vida, en el sentido de que siempre salgo con un beneficio que se declina sustancialmente en dos aspectos. Primero: una mayor capacidad de atención y aceptación, en el sentido de que yo enseguida me distraigo y no siempre acepto al otro como es, sobre todo en este momento de mi vida, que me enfrento mucho a mi hijo y me doy cuenta de que no siempre estoy atento, pienso en mis cosas y no siempre lo acepto como es realmente, siempre pienso en cómo debería ser y no estoy delante de él hasta el fondo. Hay una frase de Giussani que me ayuda siempre que la leo, cuando dice que estar delante del otro puede ser algo que carece de todo entusiasmo. Después de hacer esto cada dos semanas, dos horas con los chavales, pensando en estas cosas, cuando vuelvo a casa inevitablemente siento algo que, casi automáticamente, me hace darme cuenta de que puedo estar mejor delante de otro. Mi segundo beneficio es una mayor aceptación de mí mismo. Solemos hablar de los chavales, y te sorprende que cambien y aprendan a estar delante de su necesidad, pero tal vez el primer asombro sea el mío. Inmersos en una cultura performativa, donde se te mide constantemente por lo que eres capaz de hacer, donde tu límite suele ser un problema que resolver, siempre que hago la caritativa experimento lo contrario, es decir, que mi límite no es un problema y que puedo ser abrazado. Estos son los beneficios que yo veo.

Prosperi. Precioso.

Intervención. Soy voluntaria en Portofranco y estoy aquí con mis amigas. Mientras escuchamos, uno de nosotros está dando clase y otras chicas están con los más pequeños porque hemos puesto en marcha un proyecto de colaboración entre chavales de tercero y primero. Esta colaboración nos hace partícipes de una acción de gratuidad que se está ampliando. Nos lo propuso la profesora de religión y lo estamos aprendiendo viendo la alegría que genera y experimentando que la caridad redundará en un bienestar. El deseo de no perder a los chavales por el camino –por el problema de no poder recibir a nadie sin el pasaporte Covid, que nos ha bloqueado mucho– me llevó a llamar a los padres y a los propios chavales. Ese obstáculo nos ha hecho más activos a la hora de buscar otras alternativas, online o por teléfono, para no abandonarlos, para no abandonar a las familias ni a los voluntarios, porque hemos visto que cada uno de nosotros necesita esta compañía. Es una forma educativa de buscarnos, no para dar algo, sino porque necesitamos los unos

de los otros, necesitamos saber cómo estamos viviendo esta realidad y cómo puede crecer nuestro corazón. Son maneras distintas a las de antes, que nos han puesto en marcha porque nuestro deseo era el de acompañar.

Intervención. La experiencia de este año con los voluntarios ha sido una ocasión realmente desafiante sobre lo que supone relacionarse con otros que son distintos de nosotros. Nos hemos descubierto un poco como niños abiertos a la realidad, llenos de curiosidad por aprender. Ha surgido así una manera distinta de mirarnos, en la secretaría y en el grupo de responsables, después de un encuentro precioso con nuestro obispo, que ha valorado y animado nuestra labor en Portofranco; nos hemos visto con una responsabilidad nueva que ha despertado el deseo de una relación más estrecha entre nosotros y, poco a poco, nuestras diferencias y temperamentos se han convertido en ocasión de riqueza, creando un clima familiar. Ha sido así con todos los voluntarios que colaboran, incluso online, buscando momentos para confrontarnos sobre el trabajo que hacemos y las dificultades de los chicos, que en este tiempo andan un poco perdidos. Recientemente ha habido dos cosas que nos han llenado de asombro. La primera, que un número creciente de alumnos mayores se ha sumado al proyecto que les invita a venir a ayudar a los más pequeños. El testimonio de una de ellos durante la asamblea de los voluntarios de Portofranco fue conmovedor, viendo qué es lo que desean, qué es el corazón humano que se expresa en esta experiencia compartida. La segunda se refiere al encuentro que tuvimos hace poco con un educador de ASL, que nos habló de tres alumnos a los que acompaña diariamente y que le gustaría que vinieran a Portofranco; nos sorprendió cómo contaba esta situación tan complicada (parecía que estaba hablando de sus hijos) y nos hizo desear compartir con él nuestra experiencia. Ayer tuvimos un encuentro y fue realmente bonito. Trabajando con los jóvenes, nos damos cuenta, cada vez más, de que hay grandes dificultades después de dos años de pandemia, sobre todo con los que han estado menos acompañados. Tengo chavales que no han tenido a nadie al lado y eso significa a veces que, por mucho que te empeñes, de repente ves que ya ni siquiera saben repetir las cosas. Es una provocación muy grande. Hay que caminar juntos hasta en lo más específico de cada asignatura, animándoles en cada pequeño paso y siendo compañeros de vida –esa es mi experiencia–. Todos hemos visto que solo en un lugar así, lleno de relaciones, los chavales pueden recuperar la esperanza. Por propia experiencia, veo que a veces uno querría poder “meterles en la cabeza” las cosas que les cuestan, pero estoy aprendiendo a decir: «Caminemos juntos, veamos dónde nos lleva». Es una provocación muy presente porque la juventud está sufriendo mucho. Gracias.

Prosperi. Lo que dices es muy interesante, respecto a lo que decíamos antes de partir del punto en el que está el otro. Pensemos en un chaval que llega y no tiene el pasaporte Covid, por mil motivos, por ejemplo porque su familia es antivacunas. Podemos estar ante esto con un juicio moral: se equivoca o no; o podemos preguntarnos qué pide esta situación de nosotros, es decir, cómo podemos ayudarle. Tal vez la respuesta sea: «no podemos», tal vez sea otra. Creo que esto cambia radicalmente el sentido de lo que hacemos, no solo en este ámbito sino también en la manera que tenemos de afrontar la vida, como decía antes uno de vosotros. Así aprendemos si el origen de nuestro ímpetu es una ética o un ideal, y qué tiene que ver con el destino, con el valor de la persona.

Bonfanti. Me llama la atención que haya jóvenes que empiecen a ayudar a otros más jóvenes porque, como decíais, es una experiencia preciosa. También está pasando aquí, en Milán, donde los chavales del último curso empiezan a ayudar a los más pequeños y es de gran ayuda para el chaval que lo hace.

Intervención. Estoy muy provocado por lo que he escuchado. Me doy cuenta de que estos años, en el fondo, nuestra situación, entre los adultos y entre los jóvenes, es muy similar. En realidad, todos somos gente necesitada. Todos tenemos una necesidad de fondo, que es la de ser felices, que nuestra vida sea plena. Por eso me veo muy en sintonía con los chavales, fundamentalmente por esta razón, porque su necesidad es la misma que la mía, y de esa necesidad es de donde he partido todos estos años con mis amigos con los que hemos puesto en pie esta experiencia de Portofranco. Ha nacido de esta necesidad de verdad en el trabajo que hacemos, en la relación con los alumnos. En este camino veo que es posible vivirlo todo siendo queridos. En la relación entre nosotros, por ejemplo, en la amistad que surge con los que participan de Portofranco, yo me siento querido. Me encuentro viviendo una experiencia y desarrollando unas tareas que se alejan un poco de mi temperamento porque nunca me ha gustado ponerme en primera fila (me gusta jugar de centrocampista, un poco atrás si es posible), pero he vivido experiencias que nunca habría imaginado porque esta necesidad se ha topado con una respuesta. Ha habido una respuesta, y esa respuesta está en el bien que se me ofrece. Puedo decir que estoy aquí porque he sido querido por mis amigos, con los que hago este trabajo, y por mis amigos de Milán, por Alberto, por Gianni. Cada vez que caigo en la cuenta de esto, me mueve. Es algo que va haciendo menos dramático, por ejemplo, el hecho de que en enero hayamos tenido que volver a cerrar porque la situación aquí es peligrosa, ya veremos lo que pasa. Esperamos poder volver a abrir en febrero. Pero esto no hace que la relación decaiga, el vínculo que existe con los chavales lo percibo (en llamadas, en las conexiones online) y el afecto permanece. Cuando recibo sus mensajes para reservar clases con profesores, me dicen: «Quiero con este profesor», precisamente por el vínculo que se ha creado. Eso permanece, las circunstancias no rompen ese vínculo, y eso me parece que nos ayuda a ser creativos. La experiencia de ayuda a las familias también se mantiene, y nace de ese vínculo, de entender que las necesidades se presentan de distintas formas y que podemos abordarlas partiendo de ese vínculo, de esa percepción de ser queridos. Ahora me estoy preparando para un mini-curso de reciclaje para aprender, con los voluntarios que quieran, a enseñar italiano a extranjeros, porque es una cuestión que se plantea continuamente con esos chavales que a menudo se sienten marginados en el colegio porque no conocen el idioma. Nos lo va a dar una compañera que da italiano y que se ha ofrecido, aunque no es del movimiento, ni siquiera sé si es cristiana, pero se ha implicado por una amistad y esperamos poder empezar pronto este mini-curso, que no tiene grandes pretensiones, más allá de ayudarnos a enseñar italiano para extranjeros. Lo último que me gustaría decir es que es posible juntarse para buscar soluciones cuando surgen dificultades. Esta experiencia es sin duda una gran compañía que nos permite vivir la vida mucho mejor, y cuando surge una dificultad la afrontamos. Esto es lo que quería decir, y fundamentalmente dar las gracias.

Bonfanti. Gracias, amigo. Para concluir, solo quiero daros las gracias a cada uno de vosotros, presentes online o físicamente, porque lo que estamos haciendo es hermoso y grande. Es hermoso y grande porque nos construye a nosotros, nos hace crecer. Como decía Davide, debemos ayudarnos a entender el beneficio personal que recibe cada uno de nosotros haciendo esto. Es grande porque responde a la necesidad más elemental del ser humano, adulto o joven, encontrar a alguien que le dé confianza y que, dándole confianza, lo haga crecer. El otro aspecto en el que debemos profundizar, con las miles de cosas que han surgido, es el valor social de lo que hacemos, el valor que siempre ha tenido Portofranco; porque algo verdadero tiene un impacto público y social, como decían las primeras intervenciones sobre la falta de lugares de reunión, ese valor social que tiene Portofranco, sobre todo en la situación actual de los jóvenes –de la que hablan todos los

periódicos y todos los psicólogos (con numerosas estadísticas de la situación)–. Pero lo tiene porque da espacio al anhelo del “yo” de estos chavales, que crece en su relación con nosotros, eso es lo que nos mueve, ese anhelo que tiene y que siempre ha tenido cada uno de ellos y de nosotros.

Por tanto, gracias a todos, gracias a Davide por la ayuda que nos ha ofrecido. Retomaremos todas las cuestiones que han surgido y que serán ocasión de trabajo para todo el año.

Prosperi. Adiós. Gracias a vosotros.